

Graciela Illanes Adaro

## Figuras femeninas del Quijote



A orden de los caballeros andantes se instituyó para defender a las doncellas, amparar a las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos».

Sus fundamentos están, pues, dirigidos en beneficio y bondad de la mujer.

Consecuente con estos principios, Cervantes, en esta su obra tan notable por las múltiples facetas de la vida que señala, debía hacer participar en ella al elemento femenino en las más variadas formas y situaciones.

La primera mujer de la cual hace mención, es el ama. Un dato que nos la hace imaginárnosla es el señalado de que pasaba de los 40. Representa el reposo hogareño, la cordialidad. Don Quijote no tenía esposa. Esta mujer debía darle cimiento a su hogar que no tenía todos los pilares.

Junto a ella aparece la sobrina. No hay muchos detalles sobre su persona. Es una muchacha. No llegaba aún a los 20, se nos indica. Sus juicios son rápidos, sus resoluciones prontas, propias de la ligereza de sus años. La vemos actuar en el escrutinio que se hace de los libros de caballería en el cual quiere destruirlos todos, medrosa del mal que habían hecho a su, al parecer hasta entonces, apacible tío.

Resuelto ya Don Quijote a seguir extrañas aventuras y a tener por modelo a algún noble caballero andante, surge la mujer como ideal, como ilusión, como esperanza. Es una mujer la que debe dar sentido a todos los esfuerzos, a todas las luchas, a todos los sacrificios que el varonil caballero haga, porque «el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin frutos, y cuerpo sin alma». «Una moza labradora, de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque ella jamás lo supo», es la que debe recibir su admiración y respeto. «Llamábase Aldonsa Lorenzo; y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos». Debía tener un nombre que la señalase como princesa y que fuese al mismo tiempo músico, peregrino y significativo». Dulcinea del Toboso fué el escogido, porque era natural del Toboso, aldea española, de la región de la Mancha en la cual, sin embargo, nunca hubo condados ni prosapia.

Desde el momento que surge en su mente, ella será la que le dará valor a su brazo, fortaleza a su contextura, consuelo en las duras horas; y tan sólo el nombrarle significará antídoto de padecimientos y cuidados.

Aunque esta figura femenina tiene más existencia en la mente de Don Quijote que en la realidad, la imagen que él se ha forjado, logra tan bien proyectarlo en lo exterior, que muchos la admiran sin conocerla, la escuchan sin que tenga voz propia, la veneran y respetan sin saber de sus acciones, y ha pasado a la posteridad para señalar a la mujer amada.

Con todo un bagaje de armas y hasta con amorosa dama a quien rendirle pleitesía, Don Quijote hace su primer viaje; camina considerando sus futuras hazañas, las memorias que sobre él se escribirán y presumiendo los muchos «agravios que tiene que deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar y abusos que mejorar y deudas que satisfacer»,

Llega a una venta. Allí tropieza con dos mozas, «destas que llaman del partido, las cuales van a Sevilla con unos arrie-

ros». A Don Quijote le parecen dos hermosas doncellas o dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se están solazando.

Las muchachas, observada la vestimenta del caballero, se atemorizan. El les habla que, por lo contrario, en su mano está «desfacer» cualquier daño que hayan recibido. Hay en ellas, al oír esto, curiosidad, no exenta de picardía.

La mujer, en cualquier condición, produce en don Quijote sumo respeto. Su calidad de caballero andante, además, le exige tal proceder.

Su primer rimado se lo inspiran estas sencillas aldeanas que le ayudan a librarle de su férrea envoltura. Con gran donaire y sumisión les dice:

«Nunca fuera caballero  
de damas tan bien servido,  
como fuera don Quijote  
cuando de su aldea vino:  
doncellas curaban del,  
princesas de su rocino».

Bien se merecen este breve poema, pues su papel es preponderante; ellas contribuyen a que sea armado con todas las leyes de caballería. En premio a este servicio, y ya en propiedad de dar prebendas, les concede el título de don y llegan a llamarse, merced a su autoridad, doña Tolosa y doña Molinera.

A continuación del conocido episodio de los molinos de viento, surge para don Quijote otra aventura: está en relación con una dama vizcaína que va a Sevilla, «donde está su marido que pasa a las Indias con un cargo muy honroso». Verla y creer que se trata de una dama hurtada por algunos encantadores, fué todo uno. Presto quiere deshacer esta irregularidad con todo su poderío. La dama, es natural, va conducida en un carruaje con un séquito bastante grande. Aparece rodeada de



algún misterio. Es sugestiva su figura tras los velos que cubren su rostro. Encierra algo lejano e irreal y que luego se hace tangible. Es ilusión y es realidad. Está hecha para dar pábulo a la imaginación del caballero deseoso de corregir malos actos y de vivir emociones.

Después de reyerta fiera entre los hombres, la viajera sale de su mutismo y pide clemencia por uno de sus súbditos desbaratado por don Quijote. Este accede con tal que vaya a ponerse a los pies de su bella Dulcinea. ¡Siempre el anhelo de congraciarse con ella!

La dama atemorizada lo promete, y la aventura termina.

Marcela aparece en el Capítulo XII. Primero se tienen noticias de ella por unos cabreros. Es una joven de alcurnia que se ha hecho pastora. En esta vida, al parecer libérrima, guarda todo el decoro y compostura que corresponden a la gran dama que es. Su hermosura es sobresaliente. Muchos hidalgos se hacen pastores para conquistársela, tratando de agradarla, pero es inútil. «No es deseosa de amar ni lo espera», esta moza como dijera por la de Lozoyuela el Marqués de Santillana.

«Su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan a servirla y amarla; pero su desdén y desengaño los conduce a términos de desesperarse»:

Su nombre está escrito en cada árbol del bosque (esto nos hace ver que es antigua costumbre ésta de grabar el nombre del ser preferido), y sobre él a veces hay una corona, significando que es la reina de la hermosura.

Pero esta joven no sólo está favorecida en esta forma. Se defiende con prodigiosas razones de los que le imputan la muerte de un pastor por sus desdenes.

Marcela representa en esta obra, a más de la belleza, la discreción, la honestidad y la entereza de carácter.

Don Quijote y Sancho molidos a palos, llegan a una venta. La mujer del ventero es caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos. Acudió luego a curar a don Quijote, y su

hija la ayudó. «Ser caritativa no es condición común en esta clase de mujeres, dice Cervantes, pero éstas lo eran»,

Pronto se sabe que la dueña de la venta es de poderoso sentido práctico, y secunda muy bien a su marido en su trabajo. Está deseosa de hacer buenos negocios, y su mayor alegría consiste en recibir buenos réditos.

La niña es joven y de buen parecer. Estos personajes llegan a sernos familiares, pues ahí se refugian don Quijote y Sancho en más de una ocasión, y allí se verifican hechos que tienen honda repercusión en la vida del caballero y escudero.

En esta venta hay otro personaje femenino. Lo presentaremos por palabra del autor:

«Servía en la venta, asimismo, una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, de un ojo tuerta y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza; y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera». Maritornes tiene por nombre esta bella prenda.

Como muchas da su condición, no se caracteriza por su bondad. Es feo su exterior y torcidos sus sentimientos. Hace pasar unas horas muy dolorosas a don Quijote. Conociendo sus deseos de servir a las mujeres, se burla de él, y lo deja durante largos momentos amarrado de su muñeca y colgando de una ventana. La secunda en esta travesura la hija del ventero.

Este episodio muestra el cambio operado en la sensibilidad a través de los siglos. Mirado don Quijote con el lente de ahora, a nadie se le ocurriría hacerle una mala jugada, y menos a una mujer. En aquel entonces muchos y algunas como Maritornes aprovecharon su ensueño loco para divertirse.

Luscinda es una bella moza, además noble y rica. La conocemos primero debido a una relación que hace Cardenio. Este es un hombre que vaga como un loco entre las peñas de Sierra Morena, porque su amada de toda su vida lo ha dejado

para casarse con otro. Tenía fe en ella, y su inconstancia le ha traspuesto el sentido, y le ha llevado al mismo paraje desolado y solemne en que don Quijote quiere hacer penitencia para merecer a la sin par Dulcinea.

Luscinda es mal juzgada por Cardenio. Ella acepta a otro guiada por las voces de sus padres. Cree que antes que su voluntad y deseo debe primar el de sus progenitores. Es toda sumisión. Este es el papel que le ha tocado desempeñar en la novela y, por lo tanto, en la vida, porque ella la representa. Luscinda es una joven dulce y suave que no es capaz de decir que no cuando median entre ella y sus palabras el respeto y la sumisión de hija.

Felizmente, después se pone de manifiesto ante quien necesita rehabilitarse, que no hay maldad en su corazón, y que sus sentimientos son fieles a quien siempre se los ha dedicado.

El episodio que la hace aparecer por segunda vez, termina con la comprensión y feliz encuentro con el que la quiere.

La relación de los amores de Cardenio en que figura esta gentil Luscinda, es triste en un comienzo, pues se trata de sentimientos desgraciados. Debido a esto don Quijote la escucha con sumo respeto y consideración. Siempre las aflicciones de los demás lo conmovían, y le soliviantaban el ánimo en afán de favorecerlos. Mas, Cardenio, que no conocía a fondo las preferencias del caballero andante, no tiene el buen cuidado de no afrentar a los personajes caballerescos y habla de la reina Madásima con poco decoro e inconveniencia, diciendo que el maestro Elisabad tenía amores con ella.

Don Quijote la defiende acaloradamente, como si fuera su esposa, y en virtud de esta defensa conocemos a este curiosísimo personaje femenino que tiene todas las virtudes (no podía menos tratándose de una reina servida por caballeros andantes). Sin duda alguna significa para él un ser perfecto, un arquetipo (su mente estaba llena de ellos) que vió con sus ojos de soñador,



mucho antes que a la reina Madásima, pero con la cual la ha identificado.

Representa a la mujer intocada, a aquella que se asomó entre ilusiones a su vida de hombre, que surgió en una época de grandes ilusiones y que, en consecuencia, no podrá olvidarla.

Dorotea es otro tipo femenino del Quijote. Un paraje sublime realza su figura. También surge en medio de Sierra Morena. Su aparición está rodeada de misterio. La soledad, la imponente de la abrupta naturaleza, su belleza, todo se complementa a la par que se excluye. También es infeliz. El amor de su gentileza, como dijera don Quijote, la ha traicionado, e igualmente que Cardenio ha buscado la montaña por no encontrar solaz, sino en su austera majestad. Dorotea es joven y atrayente, empero lleva la tristeza consigo, a más del dolor y el desengaño.

Mas, no siempre la vemos con tanta desolación y pesar.

Conocida por ella la historia de don Quijote, su sacrificio y grandeza incomparables, y su hermana naturaleza marchita y destruída a causa de sus muchos esfuerzos, se finge la princesa Micomicona a quien él debe liberar de un mal gigante. Le cuenta una historia divertidísima que pone de relieve su graciosa y notable imaginación, al mismo tiempo sus buenos deseos de cooperar a la mejoría y descanso de este gran caballero de la triste figura.

Esta buena niña debe terminar con felicidad; sus relevantes condiciones lo exigen, y así es en efecto. El encuentro con don Fernando, el en un comienzo traicionero, hace que todo se arregle como esta criatura lo merece.

Leonela aparece en la historia de Lotario y Anselmo, introducida en «El Quijote», y titulada «El curioso impertinente». Con ella nos presenta Cervantes a un tipo común en la Edad de Oro española y que procede de tiempos anteriores; la encontramos ya en «La Celestina», novela del siglo XV.

Es una criada que sirve fielmente a su señora, tanto que si llega el caso, le facilita los amores no honestos, a fin de a su vez tener prerrogativas.

El hecho que aparezca en tantas obras, al ser éstas reflejo de su época, nos hace pensar en un tipo común en aquel entonces.

También Dorotea tiene una criada que facilita la seducción de que es víctima.

Leonela y ésta son muy semejantes, casi idénticas.

Estas criaditas tan aptas para ser cómplices de lo ilícito hacen ver que la cultura, la ilustración, el recato crean normas de vida diferente. Sus señoras desdeñan lo que ellas aplauden. Mas, esta no es una valorización efectiva. Seguramente ellas también reprueban las mismas acciones y si aparentemente las aplauden, es porque con lo incorrecto que cometen sus señoras, logran igualarse a ellas. En el fondo la valoración moral es la misma.

Un personaje original, pero hoy fuera de época es Zoraida. Aun entonces daba curiosidad. ¡qué sería ahora!

La conocemos en la venta. Muchos de los que figuran en esta obra están aquí. Acompañan a don Quijote de regreso a su hogar que va maltrecho y malherido.

Zoraida «llega a la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; trae un bonetillo de brocado y vestida una almalafa, que desde los hombros a los pies la cubre».

Esta mora que hace una entrada que a todos llena de novedad y expectación, conocida su historia y conocidas las hazañas de Cervantes y su prisión en Argel, hace pensar en un personaje histórico. ¿Cautivaría alguna mora su corazón? ¿Influiría él en ella para que quisiera hacerse cristiana?

El capítulo que de esto trata tiene relación con este período de la vida del gran escritor. Se refiere a la época que sucedió a la toma de Lepanto y, aunque los españoles cristianos



triunfaron de los turcos, la mala suerte de algunos les hizo caer prisioneros, dando origen a un grupo especial de personas.

Zoraida, como muchos cautivos, huye de su lugar natal, porque allá no puede obtener la conversión que anhela. Le han hablado de la Virgen, y desea tener su nombre. A ella le ha entregado todos sus pensamientos y afectos. Es una mujer recatada. Una fe intensa la trae a esta tierra de ardiente devoción que era la España del siglo XVI. Su amor por la nueva religión que va a profesar es tan intenso que abandona todo.

A Cervantes le escasean las palabras, que es mucho decir, para ponderar sus virtudes. ¿Tendría presente una figura auténtica cuando esto escribía?

Leandra, es un tipo de mujer que aparece en relación con una historia que narra un pastor. Este es su enamorado, y es un hidalgo que ha buscado la vida montañesa debido a sus desdenes. La dama en cuestión tiene las características que poseen la mayoría de las mujeres creadas por Cervantes: hermosura extremada, donaire, gentileza; sólo carece de dos muy importantes que tienen otras: discreción y mesura.

Más que las virtudes la entusiasman las aparatosidades externas, y antes que análisis de sentimientos y obras, las palabras, los gestos, las vestimentas, el color de los ojos, todo esto ejerce en ella influencia. Además es impulsiva, violenta, apasionada.

Tiene cierta semejanza con Marcela, aunque ésta no tiene flaquezas, y lo que la hace sobresalir es su carácter definido.

Como ella, inspira afecto en muchos hombres. Todos la imploran; todos la buscan. Pudiera señalarse que no crea pasiones individuales, sino colectivas: los unos con su vehemencia producen sentimiento en los otros, recibiendo todos una influencia mutua, una interpsicología.

No obstante, a pesar de tantas sollicitaciones de hombres buenos, se deja influenciar por uno que no lo era,

Los despreciados se quejan enormemente. Se van al bosque y se transforman en cuidadores de ganado. Allí le hacen rimas, soliloquios, y se sienten desposeídos y tristes.

Ella inspira sus poemas pastoriles a la moda de aquel entonces.

El pudor caballeresco les obliga a alejarse y a llorar en la soledad, a expresar en esta forma sus sentimientos, disfrazándolos. Leandra les hace huir de sí mismos. Indirectamente les ayuda a evadirse, a hacerles decir su pesar, les encauza todo su mundo afectivo e ideológico en lo amoroso, relacionándolo con las montañas, los ríos, los árboles, las peñas y las flores.

Seguramente no es el amor que ella hace nacer el que los lleva a torturarse y a escribir tristes poemas, sino el amor en sí, en abstracto, el que cada uno siente, y según su temperamento le guía hacia el canto o el lloro.

Leandra es el incentivo, el estímulo. Los hace estar «esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de qué temer».

Ella, merced a su esquivia condición, y en seguida a su encierro en el convento, pues ahí guarda su belleza, les hace comprender lo inalcanzable, algo con lo cual el hombre tiene que soñar, la evasión de la realidad.

Es imposible señalar a las mujeres que aparecen en «El Quijote» sin destacar brevemente a Teresa Panza, «que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en La Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos».

En un comienzo sólo se le nombra en función de los recuerdos y meditaciones de su esposo.

Influído por la locura vehemente de don Quijote, Sancho, muchas veces, se da a pensar en lo que puede llegar a ser. Pero, pese a la importancia que adquiere por andar en grandes hazañas, encuentra que para su Teresa el título que no le queda demasiado grande es el de condesa.

Teresa es mujer rústica, tanto o más que Sancho, más bien más que él, porque frente a ella, aprovecha de jactarse de sus saberes, señalándole su incomprensión con un refrán: «No se ha hecho la miel para la boca del asno». Esto la tiene sin preocupación. No le interesan los escuderiles servicios, sino en cuanto le den dádivas.

Otra figura femenina muy importante es Urganda, la amiga espiritual de don Quijote. Cuando el nombre de su señora, sostenedor de su brazo, no es suficiente a darle valor y entereza, porque el daño procede de encantamientos, la invoca y le cuenta sus pesares. ya en rudas exclamaciones, ya con voz baja de imploración y ruego. Es la confidente de sus debilidades, y la que puede librarlo de los peligros que preceden de seres extraordinarios.

Urganda le es fiel. Acude en su socorro, y con sus magias y hechicerías logra sacarlo bien. Ella es, pues, a quien él le atribuye que de terribles encuentros, no ya con seres de carne y hueso, sino fantasmales, puede salir con vida.

Esta Urganda es una especie de creación a quien necesita echarle la culpa de sus infortunios e invocarla en ellos. Todos necesitamos a veces un personaje de esta clase.

Después de tratar y defender a muchas damas, hermosas y feas, alegres y tristes, ingenuas y listas, don Quijote pone fin a sus andanzas.

De nuevo está en una encrucijada, pero ahora no titubea; no puede dudar; no dejará, por lo tanto, que Rocinante le lleve como en otras ocasiones hacia un camino cualquiera; sólo tiene uno por delante: el del último viaje.

Ahí, junto a su lecho de enfermo, las mismas dos buenas mujeres que siempre lo han protegido, que desde lejos o cerca han velado por el ensoñador caballero, cuyo anhelo de bien lo ha hecho emprender la más extraña y noble aventura, cuidan de él: el ama y la sobrina. Son símbolo de abnegación y cariño.



\* \* \*

Después de haber pasado revista a los tipos femeninos de «El Quijote», podemos decir que corresponden a los varios tipos humanos: ésta, representa la prudencia; aquélla, la honestidad y el recato; la de más allá, la picardía y la gracia; la de acá, a la que tiene fe intensa y espera; ésta es una realidad vívida; ésa, una creación ideal; y la sin igual Dulcinea, a la mujer que es norte en las acciones del hombre, que es siempre guía del corazón masculino, a aquélla que es su inspiradora, llámese madre, esposa, hermana o novia.